

Roland L. Stutzman *

LA GENTE MORENA
DE IBARRA Y LA SIERRA
SEPTENTRIONAL

* Dpto. de Antropología y
Sociología. Saint Louis Com-
munity College at Florissant
Valley, EE. UU.

El pueblo ecuatoriano, como la mayoría de los pueblos americanos, es notablemente diverso. Aún cuando todos son ciudadanos de un mismo país, ellos viven en distintos ambientes geográficos, sociales y culturales, y lo que es más, reconocen ciertas diferencias entre ellos mismos, tanto en el modo de vida como en el carácter humano. Creo que el antropólogo debe investigar estas reconocidas diferencias a fin de descubrir qué papel tienen en la vida social, económica, política y cultural del pueblo y del país.

Un estudio antropológico así podría ser efectuado bajo diversas perspectivas teóricas. Aquí presentamos una etnografía de las relaciones interétnicas en la sierra del norte, enfocando en particular a la gente llamada morena que habita esta región.¹ Para este estudio he definido "grupo étnico" de acuerdo al antropólogo Fredrik Barth, como "las categorías de adscripción e identificación" por las cuales la gente se clasifica "de acuerdo con la identidad fundamental presumiblemente determinada por su origen y antecedentes" (1969: 10, 13). O sea, en términos menos técnicos, cada grupo étnico tiene sus raíces históricas, biológicas y culturales, y por eso creemos que las que pertenecen a tal grupo presentan un carácter y un modo de vida más o menos distintivo. Según esta definición, hay tres o cuatro grupos étnicos en la sierra ecuatoriana; a saber: el indígena, el moreno, el blanco y, posiblemente, el llamado cholo. Como he di-

cho, este estudio se refiere más que todo a la gente morena y a las relaciones entre ellos y el grupo étnico blanco.

Quienes han hecho estudios antropológicos en el Ecuador se han interesado casi exclusivamente en el grupo indígena. Para la sierra del norte, poseemos investigaciones arqueológicas y etnohistóricas que tratan de los pueblos antiguos del sector, así como también, estudios etnográficos de algunas comunidades indígenas contemporáneas. Los mestizos-blancos, como grupo principal de la población de la sierra septentrional, han recibido poca atención por parte de los científicos sociales y ellos tampoco han prestado atención al grupo negro.

El grupo moreno en la parte noroccidental de América del Sur

En la parte noroccidental de América del Sur la mayoría de las personas de descendencia africana viven actualmente en la zona llamada por Robert West "el área cultural del litoral pacífico" (1957:3). Esta región geográfica y culturalmente distinta, incluye las selvas lluviosas de la costa pacífica desde Panamá, Colombia, hasta el Ecuador. Los morenos serranos son antropológicamente interesantes porque su experiencia histórica y su adaptación cultural ha sido muy diferente de la de los morenos costeños (el concepto de la adaptación cultural está elaborado en Naran-

jo, Pereira y Whitten (1977). En el litoral pacífico los morenos forman la base de la población costeña. En la sierra, los morenos son una parte muy pequeña de la población. La vida de la gente morena del litoral se ha adaptado, a través de generaciones, a la ecología propia de esta zona: el mar, los ríos y la selva lluviosa (Whitten 1965, 1974; Whitten y Friedemann 1974). En la sierra, en cambio, la población morena se ha asentado en una zona árida, subtropical y montañosa.

La mayoría de los morenos costeños son descendientes de esclavos traídos por los españoles para trabajar en las minas situadas en lo que hoy es Colombia occidental. Los europeos, que evitaban este clima cálido y húmedo, tenían poco interés en el litoral, con excepción de las explotaciones mineras. Por consecuencia, las selvas lluviosas de la costa llegaban a ser una zona de refugio que quedó efectivamente fuera de la órbita de influencia organizada del gobierno colonial y de los gobiernos republicanos hasta años recientes. El litoral pacífico servía como zona de refugio no sólo para esclavos escapados de las minas colombianas, sino también para los esclavos que huyeron de su servidumbre en la sierra, descendiendo a las zonas bajas, para vivir libremente en las selvas poco pobladas (West 1957)

La historia de los morenos serranos

Parece que la experiencia histórica de los morenos serranos se distingue mucho de la historia de la población costeña, pero hasta ahora esa historia es poco conocida. Los historiadores del Ecuador han concedido poca atención al origen y a la experiencia de personas de descendencia africana. Y, lo que es más, los morenos serranos son desconocidos en los estudios generales de los otros grupos afroamericanos. Es cierto que en el transcurso del siglo XVII los mitayos indígenas fueron reemplazados por esclavos africanos para cultivar la vid, la caña de azúcar y otros cultígenos de la zona subtropical del valle del Chota. Pero, hasta ahora, no conocemos exactamente cómo o por qué tuvo lugar esta substitución. Tampoco sabemos con precisión cómo los jesuitas y los dominicanos llegaron a controlar gran parte de las tierras en el mencionado valle, a fines del siglo XVII. Pero lo cierto es que ambas órdenes religiosas llegaron a ser dueñas de esa tierra aumentando muchísimo, a la vez, el número de esclavos en la sierra ecuatoriana.

El tener esclavos no era una costumbre que los españoles aprendieron después de su llegada al Nuevo Mundo. Al contrario, los andaluces ya estaban acostumbrados a mantener esclavos personales y domésticos a fines del siglo XIV. En el año 1565, por ejemplo, el 7% de la población de Sevilla en España

eran esclavos moros o negros (Pike 1967: 345). Los sirvientes personales y los demás esclavos llevados por los conquistadores al Nuevo Mundo fueron ladinos, o sea africanos ya cristianos que hablaban el castellano. Ellos procedían de esta población esclava peninsular (Mörner 1967:16; Pike 1967: 346-347).

No nos sorprende, por tanto, el saber que había esclavos africanos ladinos entre aquellos conquistadores españoles que llegaron a lo que es hoy la tierra ecuatoriana. Los historiadores nos cuentan que Bartolomé Ruiz (Peñaherrera de Costales y Costales Samaniego 1959 31), Francisco Pizarro, Pedro de Alvarado (Reyes 1967: 121, 123, 209), el Capitán Hernán Sánchez Morillo y Gonzalo Pizarro (González Suárez 1890-1901 III: 389) tuvieron esclavos negros como sus compañeros de la conquista. Habían también algunos africanos ladinos entre los primeros pobladores del país: 2 de las 205 personas señaladas como fundadores de la ciudad de Quito en 1534 eran esclavos (Reyes 1967:127, 210). Parece que los esclavos llegaron muy pronto a ser una parte importante de la población urbana de la colonia, porque en el año 1584 el Cabildo de Quito establecía la siguiente graduación de penas para los negros proclives a la fuga y al vagabundismo: por la primera fuga, diez pesos de oro de multa para el amo y cien azotes para el negro; por la segunda, la misma multa para el amo y el corte de dos dedos del pie derecho

del negro; y por la tercera, la consabida multa y el pago de daños y perjuicios para el amo, y pena de muerte para el negro. El propio Cabildo de Quito ordenó en 1551 que al negro que se fugue por el tiempo de ocho días "le corten el miembro genital y los compañeros". La misma pena debía aplicarse si el negro se atrevía atentar contra las indias. (Reyes 1967: 211, 213).

Sin duda alguna la esclavitud fue un fenómeno urbano durante el primer siglo de la colonia. Los esclavos ya cristianos y dominando el castellano eran pocos y desempeñaban su servicio personal en casa de sus amos. Sin embargo, surgió, no mucho después, un rol para ellos, el que sería llenado por la mano de obra africana. Había muchas minas trabajadas por mitayos indígenas durante la época de la Colonia, pero ninguna fue tan notoria como la mina de oro de Zaruma. Situada en tierra enfermiza, los mitayos tenían que trabajar bajo condiciones malsanas y alimentación insuficiente. Miles de ellos murieron ahí. Dentro de un corto plazo, la población indígena de la zona de Zaruma se había exterminado, y fue necesario llevar mitayos de más y más lejos. En lugar de ocupar indígenas y como creían que la constitución física de los africanos resistía más la maligna influencia del clima, los mineros españoles pidieron al Rey permiso para llevar 500 esclavos para reemplazar la mano de obra indígena. Según el historiador González Suárez,

el Rey dió el permiso y financió su transporte, pero, por motivos desconocidos, no fueron introducidos sino 200 africanos (1890-1901, III:439).

Hasta ahora no tenemos indicaciones directas, pero parece que ocurría algo muy semejante en el valle subtropical del río Chota. Sabemos por los escritos de los corregidores y doctrineros, que los españoles ya tenían sus viñas en el sector de Pimampiro en 1576; nos relatan también que la población indígena desaparecía por entonces de dicho valle (en Jiménez de la Espada 1965:250).

Pasados unos 60 o 70 años, tenemos informes de que la mano de obra agrícola de la zona fue desempeñada por mitayos llevados de lejos y también por esclavos que ya habían sido traídos a las haciendas de ese lugar. En 1648 el cacique principal de Otavalo escribía al Rey diciendo que los tributarios regios de Otavalo se morían cuando eran llevados por los vecinos de Ibarra para trabajar en sus tierras bajas (en Pérez 1947: 147-148). Por el año 1659 sabemos que los jesuitas tuvieron 122 esclavos en su hacienda situada cerca de Pimampiro, y que entre ellos había 31 hombres, 32 mujeres y 59 niños. (González Suárez 1890-1901, IV:449). En la Hacienda Cujara, la cual era también de propiedad jesuita, la población esclava creció de 92 almas en 1715, a 100 en 1721, a 114 en 1728, y llegó a ser 264 en el año 1767 (Villalba 1973:73). El número de esclavos creció a medida que los afri-

canos reemplazaron a los indígenas como campesinos del valle. El año 1767, cuando los jesuitas fueron expulsados de América, tenían 10 haciendas y 1.769 esclavos en el Chota (Peñaherrera de Costales Samaniego 1959:222). No sabemos cuantos esclavos más se encontraban trabajando con otros propietarios, pero en censo colonial nos indica que había 1.553 esclavos en toda la sierra en el año 1781 (Paz y Miño 1942).

Puede ser muy interesante también saber cómo y de dónde fueron introducidos al Reino de Quito estos esclavos negros que eran traídos directamente del África para desempeñar las tareas agrícolas. Los estudiosos de la historia de la esclavitud han determinado los orígenes de esclavos que llegaron a otros países americanos (Aguirre Beltrán 1946a: 244-245, 1946b: Arboleda 1952: Curtin 1969; King 1943; Lockhart 1968:173; Pavy 1967). Pero nadie ha realizado la investigación de archivos que se necesita para el Ecuador. Es posible, sin embargo, llegar a saber algo de esto, a través de los apellidos. Como los negociantes de esclavos no sabían los nombres propios y tampoco entendían los idiomas africanos, daban a los esclavos nombres que pertenecían al grupo étnico o al puerto de origen. Hasta hoy hay muchas personas de descendencia africana que llevan estas designaciones en calidad de apellidos propios. Cuando hice un censo de la gente morena que vive actualmente en Ibarra, me encontré con

122 apellidos diferentes. Unos son de procedencia hispánica, otros son indígenas, y también hay muchos que sugieren la procedencia africana. Entre ellos citamos los siguientes, por orden de frecuencia: Mina (y Minda), Anangonó, Chalá, Carabalí, Lucumí, Vila (?), y también Fante e Ibidi que se encontraron en documentos del siglo XIX. Estos nueve apellidos forman dos grupos, con respecto a su procedencia: Fante, Mina, Anangonó, Carabalí, Ibidi, y Lucumí son nombres dados a los esclavos llevados desde la costa de Guinea, en África occidental (cfr. Curtin 1969: 113) 188, 208; Davidson 1961: 41; Murdock 1959: 252-259; Pavy 1967:51). Congo y Vila (posiblemente), en cambio, son nombres dados, a los esclavos llevados desde África Central en la zona del río Congo. (cfr. Curtin 1969:188, Murdock 1959:290-306; Pavy 1967-51). La designación Chalá es muy común en los documentos coloniales de Cartagena y en Colombia en general, pero su procedencia africana no es segura (Pavy 1967: cfr. Peñaherrera de Costales y Costales Samaniego 1959: 35). De acuerdo al testimonio de estos apelativos, parece que la mayoría de los esclavos que fueron llevados al Reino de Quito para desempeñar trabajos de campo, fueron sacados del África occidental. En esta región los esclavos procedían de pueblos que ya eran agricultores y negociantes.

La abolición de la esclavitud

Hay pocos informes que tratan de las condiciones sociales que caracterizaban la vida de los esclavos durante la Colonia. Pero la historia del proceso de su manumisión puede enseñarnos algo. Esta transformación legal, que tardó casi medio siglo en completarse en el Ecuador, puede ser dividida en dos etapas. La primera etapa tenía su base en la legislación promulgada por el segundo congreso de la Gran Colombia en 1821. Esta ley prohibió todo negocio en esclavos, estipuló que los nacidos como esclavos tendrían su libertad cuando llegaran, a cumplir los 18 años de edad, e hizo provisión para el establecimiento de Juntas de Manumisión las cuales remunerarían a los amos de esclavos adultos con rentas a los amos de esclavos adultos con rentas públicas que recaudarían las Juntas mismas (Biereck 1953:367).

Según el Censo de la Gran Colombia hecho en 1825, había 6.804 esclavos en el Departamento del Sur, o sea lo que hoy es el Ecuador (en Peñaherrera de Costales y Costales Samaniego 1959: 252-253). Lo que sucedió fue que sólo unos pocos de estos esclavos recibieron su libertad antes de la independencia del Ecuador en 1830, porque las Juntas nunca tenían fondos suficientes para comprar la libertad de todos los que la pidieron. Las Juntas solían manumitir únicamente a los esclavos que en su opi-

nión merecían la libertad. Con la independencia del país en 1830, la manumisión de los esclavos por lo general se detuvo, y el negocio de esclavos siguió como antes. Ninguna de las primeras cuatro Constituciones Republicanas trataron de la cuestión de la esclavitud. Fue la quinta Constitución promulgada en 1850 la que abolió la esclavitud como una institución legal en el Ecuador. Sin embargo, unos 10 años más tarde todos los esclavos habían recibido su libertad y los amos su consiguiente compensación (cfr. Morales Almeida 1959: Peñaherrera de Costales y Costales Samaniego 1959).

Después de la abolición de la esclavitud, la gente morena de la sierra cayó víctima de una forma de servidumbre en la que ya había caído la población indígena (Hassaurek 1967:184). En esa época era legal la encarcelación de los deudores y redención de cautivos retenidos en la cárcel por sus deudas. Después de recibir su compensación, los amos en seguida emplearon a sus antiguos esclavos por un salario diario, y así, lentamente, se vieron envueltos en deudas. En esta forma los patronos se aseguraban el servicio de los mismos peones, pero ahora retenidos por las deudas. La servidumbre por deudas fue legal hasta 1918 (Peñaherrera de Costales y Costales Samaniego 1964). De ahí los peones vivían en las haciendas como huasipungueros hasta la Ley de Reforma Agraria de 1964.

En 1951 un estudio hecho por el Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía halló unos 8.000 morenos viviendo en el valle del Chota. El 46% de ellos estaba sirviendo a sus amos como huasipungueros en una u otra de las 72 haciendas de la zona. Los demás estaban trabajando como partidarios, peones libres o agricultores con terrenos propios (Peñaherrera de Costales y Costales Samaniego 1959:55-125). Sólo en los últimos años, esta tradición de servicio laboral ha ido cambiando poco a poco.

El paternalismo en las relaciones asimétricas entre los grupos étnicos.

Algunos científicos sociales han dicho que Latinoamérica es una sociedad dualista. Un sector en cada país es tradicionalista y subdesarrollado y el otro es moderno y progresista. El sector atrasado, de acuerdo a esta tipología, es el sector agrario y campesino y no permite el desarrollo del sector moderno y del país en general. Pero esta concepción es falsa (Stavenhagen 1973). Hay dos sectores. El uno está compuesto por gente que no tiene sino la fuerza laboral. El otro está compuesto por gente que es dueña de los recursos de que depende la vida de todos. En el Ecuador, la gente indígena y la gente morena no son responsables por el atraso de los demás. En verdad, son ellos quienes han producido tradicionalmente la riqueza y los servicios para el grupo dominante. Según

el historiador John Phelan, podemos decir que el cuerpo social es una sola pieza cuya cabeza es blanca y cuyos brazos y piernas son colorados (1967: 57).

La relación tradicional entre la cabeza blanca y la fuerza laboral colorada ha sido desde la Colonia el tipo llamado "paternalista" por el sociólogo Pierre van den Berghe. El nos dice que el "paternalismo es la forma de tiranía más estable porque hay enlaces de dependencia íntimos y personales que cruzan las divisiones étnicas o raciales" (Colby y van den Berghe 1969:15). La persona dependiente tiene una sola fuente de poder, su amo. Cuando los amos controlan los terrenos, el capital, los trabajos, los pagos y los derechos legales, ellos controlan a la vez el bienestar de sus tributarios, sus mitayos, sus esclavos, sus huasipungueros, sus sirvientes y sus empleados. Siempre ha sido difícil para la persona dependiente, en una relación paternalista, asegurar la pericia, la preparación o el capital, o sea el poder necesario para escapar de su dependencia. El amo manda. El pobre no puede hacer más que sugerir, suplicar o mendigar.

Van den Berghe nos dice también (1967:28) que las sociedades paternalistas siempre llevan una ideología de superioridad racial, la cual justifica la posición social del grupo dominante. Si "las cabezas blancas" pueden creer que son superiores por la sangre y por la ascendencia familiar, ellos pueden creer también que es lógico, justo, y natural

y que tienen no solo el derecho sino también la responsabilidad del bienestar de los dependientes "colorados". Los indígenas y los morenos tienen que creer, si pueden, que su inferioridad social es dada también por la naturaleza.

Luchando por la vida en Ibarra

Este ambiente tradicional ha cambiado poco a poco en los últimos tiempos. Entre la gente morena, por ejemplo, hay muchos que han salido, en los últimos 40 años, de las haciendas del valle del Chota y de las casas de sus amos a vivir y trabajar independientemente en las ciudades. Unos 1.500 de ellos viven actualmente en la ciudad de Ibarra y fue allí entre ellos, donde hice mi estudio de su posición social y su carácter como un grupo étnico interrelacionado con personas de otras identidades étnicas. En este estudio de campo estuve interesado en varias cuestiones que se pueden expresar en los siguientes interrogantes: ¿Sigue en la ciudad como en el campo la misma división laboral entre los grupos étnicos, y la relación paternalista entre amo y peón? Y si sigue, ¿cómo viven los que son reconocidos como morenos? ¿Es justo llamarles un grupo étnico? Es evidente que ellos tienen una historia propia y un puesto privativo como campesinos del clima subtropical. Pero en la ciudad, tenemos que ver si ellos tienen asimismo una posición social y un modo de vida que en algún sentido sea tam-

bién diferente. Para responder estos interrogantes, tenemos algunos datos sacados del censo que hice entre unas 206 familias morenas que vivían en Ibarra durante los meses de julio y agosto de 1971. Estas familias representan algo así como el 75-80% de las personas llamadas morenas en Ibarra.

El censo demostró que esta gente, en su mayoría, es pobre. Para ellos, el sostenimiento de la vida tanto en el sentido material como en el sentido espiritual, es algo problemático. Fuera de su capacidad para las labores físicas, controlan pocos recursos aptos para ganarse la vida. Si estamos de acuerdo en que la posición económico-social depende no solamente de los ingresos o de la educación, sino también del control de personas en calidad de dependientes, podemos también aceptar la siguiente definición de estratificación económico-social en la sierra ecuatoriana. Los que son miembros de la clase superior tienen ingresos relativamente altos, tienen un nivel de preparación educativa relativamente alto, y, lo que es más definitivo, tienen otras personas, no de la familia, que les son dependientes. Si la riqueza consiste en el derecho de mandar a los pobres, los que hacen los mandados caerán, necesariamente, en la pobreza. Según esta definición, solamente un 5% de las familias llamadas morenas pertenecerían a la clase superior. Los demás eran pobres.

Tenemos que preguntarnos, ¿por qué queda en la pobreza la mayoría de la gente morena? Veamos, primero, en qué trabaja esta gente. Según los informes de nuestro censo, 26%. (54 de los 206) de los jefes de familia morenos son propietarios de negocios pequeños. Pero solamente 6 de estas familias pertenecen a la clase superior: dos son médicos, dos tienen almacenes de calzado, uno tiene un taller vulcanizador, y el otro un restaurante. Los demás son agricultores con pequeñas fincas, contratistas de mano de obra, artesanos de talleres pequeños, negociantes con puestos pequeños en el mercado, etcétera. La ventaja para los propietarios es que ellos son más o menos independientes de obligaciones particulares. Pero por lo general, el capital es corto para estos, y por eso los ingresos son bastante limitados.

El 18% (37 de los 206) de los jefes de familia morenos tienen un empleo seguro. O sea, la relación entre empleado y empleador es impersonal en lugar de paternalista. Solamente 4 de estas familias pertenecen a la clase superior. En cada caso, son ellos profesores que controlan bienes que les producen ingresos fuera de su sueldo profesional. Los demás, son empleados por alguna institución del Estado o alguna Compañía particular que les paga según el Código del Trabajo, un contrato colectivo, o la Ley de Servicio Civil y Carrera Administrativa. La ventaja para los que tienen em-

pleos seguros consiste en que se encuentran amparados por la Ley contra los caprichos de sus empleadores. Una encuesta realizada en 1977 indicó que hay algunos morenos más trabajando actualmente en esta clase de empleo y que muchos más la preferirían. Pero crece muy lentamente el porcentaje de la población que puede conseguir empleo seguro. La gente morena, en su mayoría, no goza de la protección de la Ley ni de un contrato colectivo.

En 1971, tal como hoy, encontramos el 56% (115 de los 206) de los jefes de familia trabajando para amos particulares en calidad de peones o sirvientes. Desde el punto de vista del trabajador moreno, este tipo de empleo es el menos favorable, no sólo por los pagos bajos, sino porque el trabajador es vulnerable al máximo al capricho de su empleador. Si se diera la posibilidad, los morenos escogerían ser económicamente independientes, pero como las cifras lo muestran, esto no ha sido posible para la mayoría. Empero, si estudiamos las cifras con sumo cuidado y atención, podemos darnos cuenta como la gente morena defiende su dignidad en circunstancias de dependencia personal, y también descubriremos que se da una cierta discriminación por factores raciales entre los dueños del trabajo. Las cifras que se refieren a empleos particulares, en calidad de peones, son las siguientes:

TRABAJO DE LOS HOMBRES MORENOS

| | económicamente activos | jefes de familia |
|----------------------------------|---------------------------|---------------------|
| PEONADA CAMPO : | | |
| jornaleros de pala | 14 | 9 |
| zafreiros | 38 | 21 |
| PEONADA CIUDAD : | | |
| jornaleros de la construcción | 19 | 12 |
| cargadores | 35 | 27 |

Aún cuando esta población morena reside en la ciudad, hay algunos que han encontrado trabajo en los campos cercanos. El 21% (55 de los 261) de los hombres morenos económicamente activos, se encontraban desempeñando trabajos en el campo cuando fue hecho el censo. Catorce de ellos trabajaban como jornaleros de pala y 38 como zafreiros. Entre los que tenían trabajo en la ciudad, había 19 desempeñando tareas como jornaleros en la construcción u 35 trabajando como cargadores. Estas cifras son curiosas porque existe en el campo muchas más oportunidades para trabajar como jornalero que como zafreiro, casi como en la ciudad donde existe más oportunidad para emplearse como peón albañil que como cargador. Pero en ambos lugares los hombres morenos se hallan desproporcionadamente representados en los trabajos a trato ("piece-work jobs"). ¿Por qué? Como hemos dicho, los que trabajan en forma particular como peones dependen de los

caprichos del amo. En las tareas sujetas a jornal diario, el salario es fijo pero las horas de trabajo son variables. Si el amo hace trabajar a los peones más de ocho horas y les paga el mismo jornal, por ejemplo, los peones no pueden decir nada si quieren seguir ganando su pan, porque ellos no tienen la protección del Código del Trabajo ni un contrato colectivo. En cambio, los zafreiros y los cargadores de carros grandes no son tan vulnerables al capricho del empleador. Al ser pagados por tarea realizada ("a trato", v. gr., el burro de caña limpio o el quintal de carga, se hace más difícil la explotación de la mano de obra. Desde el punto de vista del peón moreno, son preferibles los trabajos que se pagan por tarea realizada, porque, en general, la relación entre peón y amo es más justa.

Pero hay otro factor más que posee igual importancia. Hay un prejuicio racial de la manera como los empleadores otorgan los trabajos a los peones. De acuerdo a los estereotipos raciales que poseen muchas personas de categoría, hay ciertas diferencias de temperamento entre la gente no blanca. Se dice que los llamados indios o cholos generalmente trabajan despacio, son dóciles y de fácil manejo. De los llamados negros, en cambio, se dice que son fuertes, capaces de trabajar rápido (porque les gusta descansar al dar término a su faena) y son gente brava, por lo que no es fácil someterles a explotación. Para el amo esta diferencia es una ventaja. Para los

trabajos a jornal, él puede, de preferencia, dar empleo a peones indios o cholos quienes por motivos desconocidos muchas veces sufren sin protestas de manipulación de las condiciones del trabajo por parte del empleador. Y cuando el amo quiere dar término rápidamente a una tarea, puede dar empleo a los peones negros que prefieren este tipo de trabajo, por los motivos ya indicados. Lo malo y lo irónico de esta situación, en lo que respecta a la gente morena, es lo siguiente. Cualquier persona culta tiene que defenderse cuando su integridad personal se ha violado. Pero si un peón moreno reacciona con todo derecho contra su amo, corre el riesgo de perder su empleo, siendo reemplazado por uno más dócil, y con lo cual se reconfirma una vez más, el estereotipo de que los negros son una gente irracionalmente brava y peligrosamente violenta. El peón moreno no tiene manera de ganar. Lo más que puede hacer es evitar situaciones conflictivas. Esta gente, injustamente llamada "brava", en verdad ha conservado, a pesar de siglos de explotación, su propia dignidad. En ellos he visto humildad genuina y humana que podría servir como ejemplo y modelo para todos los miembros de la sociedad. Pero, al obrar así, resulta difícil sino no imposible, mejorar su posición económico-social.

Si tratamos de entender por qué es pobre la mayoría de la gente morena, tenemos ya en esta actitud de digno su-

frimiento, una parte de la explicación. Hay dos factores más. El segundo es el siguiente. Es notorio que resulta casi imposible para cualquier pobre reunir los recursos suficientes que permitan el mejoramiento de su posición social. Cuando es pagado de acuerdo a la Ley, la remuneración no alcanza ni para la comida y la vivienda. Menos aún podrían ellos financiar su educación, o reunir un capital con que hacerse económicamente independientes. La gente morena sufre la escasez de recursos al igual que los indígenas. El racismo, la creencia de que los morenos y los indígenas son inferiores no solamente en el sentido económico, sino también en lo moral y lo intelectual, es nada más que una justificación falsa de una situación fundamentalmente injusta.

Hay todavía otro factor que explica la actual posición económico-social de la gente morena. A despecho de todas las dificultades ya enumeradas, hay personas que pertenecían al grupo moreno que han logrado el mejoramiento de su posición social. Ellos representan el 5% que ha logrado ascender a la clase superior. En este ambiente nuevo el modo de vida se halla bastante **cambiado**. Ya no tienen que preocuparse de la vulnerabilidad interpersonal, porque ellos mismos son ahora patrones respecto de sus propios dependientes. Lo que tienen que hacer es disociarse de todo lo que pertenece a la raza morena. Aceptando el prejuicio admitido de que la tez clara

es más deseable, los miembros de estas familias se casan en las generaciones siguientes con personas de aspecto más claro o blancas. El linaje que traía su origen de la raza morena, es “blanqueado” en los dos sentidos de la palabra. Los descendientes de este linaje han cogido el modo de vida llamada “culto”, o sea el que pertenece a la gente blanca de la clase superior, y a la vez se está modificando el color racial, que va tomando tonos más claros en la descendencia. Si los pocos que pertenecían al grupo moreno cambian su identidad racial al alcanzar el nivel de la clase superior, la relación entre los grupos étnicos queda igual. Los “brazos” y las “piernas” de la sociedad permanecen colorados y ellos, al cambiar su posición social y llegar a ser “cabezas”, terminan por adquirir una tonalidad más próxima al blanco.

NOTA :

(1) Esta investigación en su prime-

ra etapa fue realizada durante 16 meses hasta Febrero de 1972 cuando estuve becado por el United States Public Health Service (Fellowship and Research Training Grant No. 49734). A base de ese trabajo de campo, escribí la tesis doctoral, *Black Highlanders: Racism and - Ethnic Stratification in the Ecuadorian Sierra*, la cual fue presentada en Mayo de 1974 a la Facultad de Antropología de Washington University, Saint Louis, Missouri, y está publicado en microfilm o xerography (No. 74-22,549) por Xerox University Microfilms, 300 N. Zeeb Rd. Ann Arbor, Michigan 48106, EE.UU.

Gracias a una beca dada por la National Science Foundation de Los Estados Unidos (Grant No. 08192), los trabajos etnográficos continúan desde Junio de 1977 en una forma más amplia que incluye un estudio comparativo con la población llamada “chola”.

Todas las investigaciones del autor han tenido el auspicio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, bajo la dirección del Arquitecto Hernán Crespo Toral, y han recibido una afable colaboración prestada por el Instituto Otavaleño de Antropología, Plutarco Cisneros A., Director General.